-:(✝):-

BREVE NOTICIA

De la religiosa vida, y heroyca muerte del *P. Juan Tello de Siles* professo de la Compañia de Jesus, infatigable Operario de Indios, en el Colegio del Espiritu Santo de la Puebla de los Angeles: donde muriò herido del contagio â 19. de Abril, el año de la Epidemia de 1737.

CARTA

De el P. Provincial Matheo Ansaldo, de la mesma Compañia â los Superiores locales de su Provincia de Nueva-España.

R R. P. P.

P. C. &c.

NO DEBIERA SEPARAR LA PRENSA à aquellos Sujetos, que unidos con el mas estrecho vinculo de la charidad, se ofrecieron victimas á sus aras. Juntas se debieran publicar á la comun edificacion las noticias de los que à un mismo tiempo trabajaron hasta morir en la penosissima asistencia de los infectos en la Epidemia, q̃ llenò de estragos à este NuevoMundo el año de 1737. Assi lo pedia la razon, y lo procuraba mi diligencia: cuyos conatos me han frustrado diferentes acaècimientos, impidiendome hasta aora el presentar juntos los elogios de los que á un mismo tiempo sirvieron à los apestados, y murieron en su obsequio. Espero satisfacer en breve á los deseos de V.V. R.R. y á la piadosa expectacion de las demàs Provincias de la Compañia, que noticiosas de los penosos exercicios, en que tantos Sujetos de la nuestra perdieron sus vidas, aspiran á la relacion de sus exemplos. Mientras desempeño este mi cuydado, adelanto las noticias, que hè podido recoger del Siervo de Dios P. JUAN TELLO DE SILES: cuya publicidad, como tambien de las que yà salieron â luz, del exemplar H. Augustin de Valenziaga, han solicitado mu-

muchos, movidos de la ſingular virtud, que admiraron en eſtos dos grandes Varones, y heroycidad con que ſacrificaron ſus vidas al bien de los proximos; muriendo con ellos en la general Epidemia, que padeciò como parte noble de eſte Reyno la Ciudad de la Puebla de los Angeles aquel fatal año.

Naciò el P. Juan Tello de Siles à 4. de Junio del año de 1667. en el Real del Monte de Pachuca: que puede ciertamente gloriarſe de aver llevado tal fruto; mas que de aver fecundado ſus minas con la mucha plata, que lo enriqueciò algun tiempo. Sus Padres eran de lo principal de aquel Real; gente honrada, dueños de mina, y ricos tambien de chriſtianas virtudes. De la natural inclinacion á las coſas de piedad, y devocion, que aun en ſu tierna edad moſtraba nueſtro Juan, bruxulearon ſus Padres, que màs que à los caducos theſoros, que oculta la tierra en ſus minas, ſe inclinaba ſu hijo á buſcar, conſagrandoſe à Dios, el verdadero, y permanente theſoro de los Cielos, eſcondido en el myſtico campo de la Igleſia, y de ſus Religiones. Con eſte fin diſpuſieron llevarlo à la Ciudad de Mexico; para que en nueſtro Colegio Maximo de S. Pedro, y S. Pablo aprendieſſe juntamente con las letras, la verdadera ſabiduria: rica preciosa margarita, por la que, como el Mercader Evangelico, ſe dererminò à dàr todas ſus coſas, pretendiendo con grande empeño nueſtra Compañia. Era con ſu ajuſtado porte, quando Eſtudiante ſeglar todavia nueſtro Juan, el exemplar de ſus Condiſci-

pulos, y el imàn no ſolo de ſus Maeſtros, que hizieron de èl mucha confianza, y le tuvieron ſiempre grande eſtimacion; ſino tambien de todos los nueſtros, que admirados de ſu virtud, y juyzio, no podian apartar de èl los ojos, y los afectos, que les llevaba ſobre todos los otros Eſtudiantes.

Curſaba todavia los primeros rudimentos de las letras en las Aulas de Grammatica, quando con increìble guſto ſuyo, negociò lo que à coſta de tantos deſeos avia procurado: y deſpreciando con generoſa reſolucion las vanas eſperanzas del mundo, à los 19. de Enero de 1687. fue recibido en el Noviciado de Tepotzotlan. Aqui deſde luego comenzò à darſe tan de veras à la perfecta obſervancia de las mas menudas reglas, y exacto cumplimiento de la obligacion, á que el nuevo eſtado lo empeñaba; que los que entonces lo conocieron aſſeguran, que aſsi como yà antiguo parecia Novicio en ſus fervores; aſsi quando Novicio parecia muy antiguo en ſu aprovechamiento. Acabados los dos años del noviciado, hizo los votos acoſtũbrados del biennio: y aviendo eſtudiado las letras humanas, paſsò à Mexico â curſar los tres años de Philoſophia: y deſpues de eſta fue ſeñalado à leer Grammatica à la Ciudad de Oaxaca. Paſſados dos años volviò â proſeguir ſus eſtudios: ordenòſe de Sacerdote al entrar en el quarto año de Theologia, y al fin de ella le examinò de Profeſsion. Concluìdos ſus eſtudios vino à tener ſu tercera aprobacion en eſte Colegio, en el qual ſe quedò deſde entonces, y le mantuvo haſta ſu muerte.

Co-

Como cinco años no tuvo otro empleo, que el de Operario, y algunos meſes el de Prefecto de la Igleſia; haſta que por aſsignacion del P. Manuel Piñeiro, Viſitador General, que fuè de eſta Provincia, entrò el año de 1704. à cuydar de la Capilla del Glorioſo Archangel S. Miguel, que ay en eſte Colegio, para la aſsiſtencia de los Naturales. Ocupacion, que fue la principal de toda la vida del P. Juan, y à que ſe aplicò con el empeño, que à todos es notorio, y Yo diré deſpues.

Empleado yà en el humilde miniſterio de Indios en ſu Capilla, eſtaba como fervoroſo Operario, quando el año de 1708. hizo ſu Profeſsion ſolemne de quatro Votos, á 29. de Septiembre: circunſtancia, que puede piadoſo el diſcurſo atribuir à diſpoſicion del Cielo, mas que á caſualidad, ò contingencia humana: pues aviendoſele retardado al P. Siles, por olvido al parecer, ſu profeſsion, le vino deſuerte, que la hiziera el dia en que ſe celebra la fieſta del Soberano Principe, y adorado Titular de ſu Capilla S. Miguel. Quien parece quiſo premiarle à ſu devoto Capellan, que ſe profeſſaba tan afecto Siervo ſuyo, con que hizieſſe en ſu dia la Profeſsion ſolemne de Jeſuìta; que es la mayor honra, con que deſpues de muchos años, y pruebas acoſtumbra premiar la virtud, y letras de ſus Hijos la Compañia.

En los treinta y nueve años, que viviò en eſte Colegio el P. Juan, exerciò varias vezes los oficios de Miniſtro, y de Vice Rector del Seminario de S. Geronymo: porque ſu experimentada virtud, y juyzio, lo ofre-

ofrecian luego á los Superiores, para encomendarle estos empleos, siempre que por no tener promptamente à quien ocupar en ellos, se veìan obligados à mortificar la humildad del P. Juan: quien aunque sabian, que obedeceria muy gustoso; sabian tambien, que gustaba mas de ser obediente subdito, que de obedecer para mandar como Superior.

Casi todo el tiempo, que estuvo en este Colegio fue Confessor de los nuestros: quienes siempre, que lo buscaban, hallaban en el P. Juan el consuelo de sus almas. Continuamente tambien era uno de los Consultores de la Casa: y aun quando á instancias de su humildad no quedaba señalado en la Visita de los Padres Provinciales, lo era siempre por eleccion de los Padres Rectores; que en qualquier punto, que se les ofrecia hallaban en el P. Siles prompta la resolucion, dandoles con su acostumbrada ingenuidad, y sin atender à respectos humanos su parecer en lo que le preguntaban.

Pero viniendo yà à la principal no interrumpida ocupacion, que por espacio de treinta y tres años mantuvo con gran lustre de la Compañia, augmento del divino culto, aprovechamiento de los proximos, y singular gusto suyo el P. Juan: no puedo menos, que admirarme al traèr à la memoria el extraordinario empeño, è infatigable trabajo, con que se dedicò à tan humilde, como molesto ministerio de Indios; sin querer admitir en tantos años ocupacion mas lustrosa, ni

ape

apetecer otro alivio, ò deſcanſo, que el de ſervir à Dios aſsiſtiendo à ſus amados hijos los Indios, y adelantar mas cada dia el adorno, y aſſeo de la Capilla, que ſe entregò à ſu cuydado.

Quanto aya ſido lo que en ella hizo, lo ſabrà bien quien tuviere noticia, de que al eſmero, y diligencias del P. Juan, debe la Capilla todas las alhajas, de que uſa en ſus funciones, y las que continuamente le ſirven para ſu hermoſura, y decencia, mayor de la que ſe podia prometer conſeguir por sì ſolo un pobre Religioſo. Pero con todo fue tanto lo que gaſtò en adornarla, que ſolo pudo hazerlo dedicando para ello, quanto le daba, ò el afecto de ſus parientes, ò el agradecimiento de algunas perſonas, que le debian obligaciones al Padre, ò la devocion de otras, que conociendo por experiencia quan bien lo empleaba todo en el culto divino, le contribuìan varias eſpontaneas limoſnas; que no pidiendolas jamàs el Padre las admitia ſolo con el guſto de que las avia de conſumir todas en alhajar ſu Capilla.

Ni hè meneſter Yo detenerme en referir por menudo lo que en dicha Capilla hizo el Padre, quando ſin hablar lo eſtàn publicando con los lucientes brillos del oro, y vivos coloridos del pinzel, cinco aunque pequeños retablos, pero proporcionados al tamaño de la Capilla, que con varias eſtatuas, y lienzos la hermoſean. Y no haziendo mencion de un bien curioſo throno, en que ſe coloca al Señor Sacramentado los Jueves

ves Santos, y los dias en que por ocasion del Jubileo Circular se descubre su Magestad; passando en silencio las alhajas de plata, los muchos Ornamentos de casullas, amitos, albas, y otras cosas, que para una pobre Capilla de Indios sin renta, ni pie de altar alguno, admiran por su valor, no menos que por su abundancia; me contento con decir solamente, que quanto registran, ò por su curiosidad, ò por su devocion los ojos: quanto sirve para la solemnidad de las funciones, que entre año se celebran: y en fin quanto abunda para la competente decencia, y asseo de la Capilla, todo se debe al singular esmero, solicitud, y actividad del P. Siles.

Y por no dilatarme en ponderar lo que se empeñò su devocion en celebrar varias festividades, como la de la Transfiguracion gloriosa del Señor, la de la Santissima Virgen, y Señora del Rosario, la de su amante titular el Glorioso Archangel San Miguel, y otras, que por su direccion, y cuydado hazian las Cofradias, que para fomentar la piedad de los Indios, mantenia en su Capilla; me contentarè solo con insinùar la que mirò siempre como su principal, por ser la mas devota funcion. Era esta la del Descendimiento de Christo vida nuestra, que hazia todos los años el Domingo de Ramos. Para este dia, como para los otros en que avia de predicar, prevenia mucho tiempo antes su Sermon; con tal esmero, y cuydado, como si lo huviera de hazer en el mas florido concurso de gente muy entendi-

da.

da. Proponia brevemente en la Salutacion, lo que como su principal assumpto avia de predicar en el idioma Mexicano â sus amados hijos los Indios: que assi los llamaba casi siempre, que se ofrecia hablar de ellos, ò con ellos en sus Sermones. El que en esta funcion del Descendimiento predicaba, estaba como los otros lleno de palabras abrasadas, tiernos afectos, ponderosas razones, y adornado con aquella eloquencia, que tan natural es al idioma Mexicano, abundante de expresivas vozes, y phrasses muy cultas, con que declara muy al viyo lo que concibe en su mente quien las habla. Y como en la eficacia de las palabras del P. Juan animadascon el fervor de su espiritu, se añadia en este dia la representacion tierna del lastimoso espectaculo, que al baxar de la Cruz à su difunto Dueño se les ponia à la vista; bastante por sì solo à mover, y sacar de su centro los mas duros peñascos; no se puede explicar con palabras la mocion, que causaba en los corazones de los circunstantes: que deshaziendose en lagrimas prorrumpian en tiernos afectos de su amor crucificado, y en aborrecimiento de las culpas, que con repetidos actos de Contricion detestaban arrepentidos. Exhortabalos mas con el exemplo, que con las palabras el fervoroso P. Juan à estas, y otras devotas demonstraciones: de que algunos de los nuestros, que alsistian por su devocion, salian no menos edificados del abrasado zelo del Predicador, que de la piadosa ternura de sus oyentes.

Estos en otras ocasiones no solian ser tantos,

conio en eſte dia: pero no por ello deſcaècia un punto de ſus fervores el Padre: â quien diciendole en eſta ultima Quareſma, que podia omitir ſus Sermones; puesto, que con la enfermedad epidemial, que ſe padecia en la Ciudad, y ſus contornos no era poſsible que fueſſen, ſino muy raros ſus oyentes: reſpondia con un ſanto enojo, que aunque fuera un ſolo Indio el que viniera, avia de hazer, como hizo los Sermones, que acoſtumbrabà los Domingos, y las Platicas los Viernes de Quareſma. Y lo que es mas, ni aun las muchas confeſsiones, à que mañana, y tarde ſalia todos los dias, fueron baſtantes, à que deſiſtiera de predicar los dias, que los otros años avia acoſtumbrado: pareciendole â ſu zelo, que con volverſe cerca de las onze los Domingos por la mañana, podia deſcanſadamante predicar à la tarde: y con que los Viernes no lo ſeñalaran haſta un rato deſpu.s de acabada la platica, la hazia tambien, y la hizo ſin dexar de ſalir aquel dia, y todos los otros à confeſsiones por muchas, y diſtantes que fueſſen.

A màs de eſtas Platicas de la Quareſma, ſalia por el Adviento los Domingos à hazerlas por los Barrios de eſta Ciudad, acompañado de otro Padre, que hazia en caſtellano una Platica, para los que no entendian el idioma Mexicano, en que era ſiempre la del P. Siles. Eſte año avia excitado el zelo de ſu eſpiritu una coſtumbre, que en los immediatos antecedentes no avia practicado, ſegun ſolia decir, por juſtas cauſas: que faltandole ahora, reſtaurò de nuevo ſus antiguas correrias,

ſaliendo todos los Domingos con uno de los Padres de tercera aprobacion à enſeñar, y predicar la Doctrina Chriſtiana. Era ciertamente de grande edificacion vèr lo ir tan alegre por aquellos ſitios, que la experiencia le avia enſeñado, ſer mayor la frequencia de Indios: à quienes llamaba, y compelia quando no iban de ſu voluntad à oìr la palabra de Dios, que ſe les iba à predicar: ſacando de contado el fruto de impedirles à lo menos por aquel rato la embriaguez: vicio caſi irremediable en eſta infeliz nacion, que de los mas enormes delitos, que comete puede ſin duda alguna llorarſe como ſu mas principal al paſſo, que funeſto origen. Ponderabales el Padre la gravedad, y perniciosas conſequencias de eſte vicio, que à màs de propaſſarſe à manifieſto eſcandalo, los privaba tan à menudo de la razon, y de ſus ſentidos, dexandolos no ſolo como unos brutos, ſino tambien como inſenſibles troncos, en que como piedra muy frequente del eſcandalo tropezaban, y ſe ofendian laſtimados de ſu miſeria, quantos à cada paſſo los encontraban.

Lo cierto es, que ſi de algunos no deſarraìgò totalmente la embriaguez; à lo menos la moderò en mucho ſu zelo, que para evitar en parte la demasìa, y exceſſo en el beber, de que tan dificilmente ſe abſtienen los Indios; les taſſaba lo que ſin ofenſa de Dios podian tomar para la ſalud de ſus cuerpos, y ſin daño algono de ſus almas. Mucho trabajò contra eſte tan introducido lamentable abuſo de la embriaguez, en ſus

Sermones, y Platicas: pero era mayor su eficacia, y mas copioso el fruto, que lograba en el Confelsionario; proponiédo à cada uno en particular las razones, y medios que le parecian mas poderosos para quitar en breve el mal habito, ò costumbre, que por tanto tiempo los avia tiranizado, y hecho vivir muy agenos del sèr racional, que debian à su Criador.

Màs viniendo yà à la claridad con que en sus Platicas todas ilustraba los mas incultos entendimientos de los Indios; les explicaba assi dentro como fuera de la Capilla, lo que le avia enseñado la experiencia, ser mas necessario, y provechoso à sus almas. Y como lo que mas deseaba era, que se limpiassen de las manchas de sus culpas, con las saludables aguas de la confesion; à esta los exhortaba muy frequentemente dandoles no poca luz, con explicarles el modo de hazerla bien; y enfanchandoles el corazon para que deponiendo la perniciosa verguenza, que tanto estrago haze en muchas almas, especialmente de esta pobre gente, cuya rudeza, y ceguedad es à vezes tanta, que descubriendo los mas enormes pecados, oculta todavia los que no teniendo tanta gravedad, se le hazen muy dificil à su ignorancia, y vano temor el descubrirlos. Para lo qual, à màs de lo que en comun gritaba en sus Sermones, y Platicas; privadamente en el Confelsionario exhortaba, à que con generosa resolucion, y deseo de su salud vomitassen el veneno, que mortalmente avia emponzoñado tanto tiempo sus almas. Diligencia, con

que

que fue tan copioso el fruto de confesiones bien hechas, despues de aver sido en algunos por muchos años sacrilegas; y en otros, que aviendo encanecido en las culpas, no se avian confessado hasta entonces: que si Yo pensara escribirlo, fuera preciso hazer un largo volumen, que ocuparan los casos verdaderamente raros, que en la confesion logrò su zelo de pecadores arrepentidos, que restituyendose à la gracia por medio del P. Juan hizieron vida muy fervorosa, y ajustada. Sin los muchos, que hallandose yà en los ultimos lanzes de la vida, perdiendo la temporal, asseguraron la eterna, confessandose enteramente de sus culpas, con un arrepentimiento verdadero, y proposito firme de que si mil años vivieran, todos los avian de emplear en satisfacer á Dios, por lo mucho que hasta entonces le avian ofendido con sus culpas, que calladas tantas vezes, avian passado de ofensas à ser irreverentes sacrilegios, con que profanando las mismas fuentes de la salud, y la vida, que son los Sacramentos, bebieron por su mala disposicion en vez de gracia, el mas nocivo veneno sus almas.

Por muchas, que fuessen las confesiones, que debian repetirse, jamàs se cansaba la invicta charidad, y paciencia, que exercitaba el Padre muy alegre con estos voluntariamente mudos, â quienes con especial amor, y cuydado examinaba. Y para que sin tener en que embarazarse pudieran declarar sus culpas, les preguntaba desde el principio, quantas avian sido las confes-

feſsiones? Quantas las comuniones? Y quantas de ellas al tiempo de cumplir con la Igleſia; advirtiendoles, que ſi en todas las confeſsiones, y comuniones mal hechas, avian cometido un ſacrilegio; pero que à màs de eſſo en las que debian hazer, por obligarles el precepto de la Igleſia (que no ſe ſatisface confeſſando, y comulgando ſacrilegamente) avian añadido dos pecados mortales, uno en la confeſsion, y otro en la comunion. Y porque la experiencia de tantos años le avia enſeñado, que los Indios caſi ſiempre ſe reconſilian para comulgar deſpues de averſe confeſſado, les decia tan bien, que confeſſaran aquel otro ſacrilegio, ſi lo avian cometido. A màs de eſto les preguntaba, ſi eſtando alguna vez enfermos confeſſaron, y comulgaron: y ſi los avian oleado en alguna de aquellas ocaſiones, abriendoles los ojos para que conocieran todos los ſacrilegios, y pecados en que avian incurrido cada vez, que indignamente recibieron alguno de los Sacramentos. Tan nimia como eſto, y mucho mas era la aplicacion, que en ſus confeſsiones practicaba eſte zeloſo incanſable Confeſſor con ſus Indios. Dexabalos deſpues decir muy de eſpacio, al modo groſſero, que les permitia ſu ignorancia, que aliviaba quando era neceſſario con preguntas, que les hazia por los Mandamientos, para que pudieſſen con mayor facilidad repetir las confeſsiones, con que avian callado alguna culpa: y al fin animando à ſus penitentes à la confianza, que en la Divina Piedad debian tener del perdon de ſus culpas; dandoles ſaluda-

ble

ble penitencia, los dexaba tanto mas consolados, quanto mas contritos.

Para los enfermos, que por su indisposicion corporal, no les era posible hazer la proporcionada penitencia, que debian por sus culpas, les solicitò de personas piadosas competente limosna, para sacarles algunas Bulas, que repartia, para que ganando la Indulgencia, pudiessen aplicarla en discuento de sus pecados. Pero quando conocia, que el no aver sacado Bula era no tanto por pobreza, quanto por descuydo (que en este punto, como en todo lo demàs es muy natural â los Indios) les hazia conocer el olvido, que tenian de sus almas, de que no cuydaban por emplear el dinero en otras cosas, que debian evitar, quando con una corta limosna podian aver sacado una Bula, que les fuera de tanto bien, y provecho. Y con esto les daba juntamente con la limosna de la Bula, la de una provechosa, y saludable correccion.

La que les daba por sus culpas era con no menor eficacia, que amor midiendolas siempre, y proporcionandolas con su gravedad, y malicia. Pero quando mas se afervorizaba su zelo, era al encontrar á algunos, que adolecian gravemente achacosos de los incendios de la lascivia, en que por la cercanìa de la ocasion se abralaban mas, que con los ardores de la fiebre, que los consumia. Contra estos, pues, encendiase de tal suerte su espiritu, que no parecia sino que intentaba, que contra las llamas de la lascivia prevaleciesse el zeloso fuego de

la

la ſalud de las almas, en que ardia ſu pecho. Dabales mucha luz con la claridad, que les repreſentaba el eſpeſo humo, y los negros eternos ardores del Infierno: con cuyas llamas les obligaba à que abrieran los ojos tanto tiempo ciegos del amor; que convertido en odio de la culpa, y de la ocaſion apartaban eſta de sì al punto, temeroſos de que volvieſſe otra vez à prender inextinguible la llama, que ſi no ſe apaga con tiempo en eſta vida; permanece por toda una eternidad, abraſandolos miſerablemente como negros tizones del abyſmo. Ni ſe aſſegnraba muchas vezes de las que parecian cenizas apagadas, con el ſudor helado de la muerte cercana, y aparentes lagrimas, con que intentaban algunos perſuadirle, que extinguian yà el fuego, que voluntariamente conſervaban muy cerca de si con evidente rieſgo, de que ſin ſentir volvieſſe à levantarſe la llama. Y por eſſo à muchos, ſi deſpues de aver hecho todo lo poſſible no conſeguia, que apartaſſen muy lexos el peligro, y la ocaſion los dexaba tambien à ellos, deſahuciados de abſolucion, y remedio; haſta que poniendoſe como enfermos en manos del Medico, moſtraſſen un animo reſuelto, y deſeo generoſo de la ſalud de ſus almas. A los que por juzgar bien diſpueſtos, daba con prudente cautela la abſolucion; les decia entre otras coſas para ſu deſengaño, que à no hallarlos tan cercanos à que la muerte apagara en breve la antorcha de ſus vidas, podian eſtàr ciertos, que no los abſolviera; haſta que con una total mudanza echaſſe de vèr, que

ni

ni cenizas avian quedado yà del fuego, en que tanto tiçmpo ſe avian abraſado.

Si eſto, y mucho mas hazia con los enfermos: què pruebas, què diligencias no haria, con los que eſtando ſanos del cuerpo, adolecian mortalmente en ſus almas infelizmente captivas, y preſas con las cadenas del amor torpe? Fuera dilatarme mucho ſi pretendiera decir, lo que hazia con todos, y cada uno de los que llegaban â ſus pies, enredados en alguna ocaſion. Baſte decir, que por muchos, que fueſſen los que lo eſperaban para confeſſarſe, jamàs omitia las diligencias, que le parecian conducentes, para que las confeſsiones quedaſſen bien hechas. Por eſſo aſſi à los ſanos, como tambien, y con mas cuydado à los enfermos, examinaba muy de eſpacio, ayudando no ſolo à ſu poca capazidad, ſino tambien à ſu memoria, que entorpezida mas, que nunca con la fuerza de la fiebre, apenas dexaba à los miſerables dolientes acordarſe de lo que avian hecho, y à vezes ni aun el preciſo aliento para confeſſarſe: por que aquexados de los intenſos, y continuos dolores, que padecian en la epidemia, no podian algunos ſin mucha fatiga pronunciar una, ù otra palabra. Pero la paciencia, y charidad de ſu amante Confeſſor lo ſufria todo con mucho guſto, facilitandoles con preguntas, lo que por sì no ſabian, ni podian declarar; haſta que muy á ſatisfaccion ſuya, y de ſus penitentes hazia la confeſsion.

En la qual uno de ſus principales cuydados, era inſtruìr à ſus penitentes en la Doctrina de nueſtros ca-

tholicos dogmas: que les declaraba, sin que le embara-
zasse la multitud de otros penitentes, que aguardabin;
ni lo acobardasse la natural rudeza de algunos, à quie-
nes era preciso una, y muchas vezes repetir la explica-
cion, hasta que al modo, que les permitia su corto al-
cance, pudieran hazerse capazes, y entender lo que les
bastaba para salvarse. Ni fue sin fruto su trabajo; pues
lo veia logrado en los que despues de instruidos una
vez, llegaban de nuevo al Confessionario. En el qual
conocia luego los que se avian confessado otra vez con
S. R. si le respondian lo que yà les avia enseñado en
otra confession: porque como no se contentaba con
decirles superficialmente lo que debian creer, y enten
der se detenia con cada uno explicandole una, y otra
vez los Mysterios principales de nuestra Fee, hasta que
entendiendolos se los repetia, y hazia concepto de ellos
la rudeza de los Indios: que eran por su gusto, è incli
nacion los penitentes, que admitia en su Confessiona-
rio. Pues aunque confessaba este Operario amante de
los Indios, algunas bien, que muy contadas Españolas;
pero lo hazia, ò por ser en unas muy ligeras sus con-
fessiones, ò por aver en otras la intervencion de supe-
riores ruegos, que debia venerar como preceptos, que
lo obligaron à admitir, y continuar el confessarlas muy
contra su inclinacion; dandoles siempre el ultimo lu
gar en el Confessionario â las Españolas, por mas; que
merecieran el primero en la comun estimacion, por la
calidad de sus personas. Ni tenia mayor gusto el P. Juan,

que

que quando apoſſeſsionadas las Indias del Confeſsionario, no permitian llegar à las Eſpañolas, aunque fueran de las mas principales Señoras: y por eſſo las que yà lo ſabian no llegaban, ſino es quando no tenian Indias, que les preſtieran. Y lo mas, que hazia en favor de las Eſpañolas, era prevenir las que vinieſſen en dia, y tiempo en que ſin hazer mala obra à ſus Indios, pudieſſen confeſſarſe para comulgar, quando avia cercana alguna feſtividad. En fin para confeſſar Indios, no era menester mas, que avisarle al P. Siles; y acudia con gran promptitud, y guſto aſsi dentro, como fuera de Caſa: tanto, que ſi alguna vez ſe le preguntaba, ſi podia ir por ſer ya de noche; le cauſaba notable ſentimiento la pregunta, y acudia diciendo, que como fuera para Indios no tenian, que preguntarle, ſino ſeñalarlo à qualquier hora, que fuera del dia, ò de la noche: pero para la gente de razon ſe eſcuſaba ſiempre con una invencible conſtancia, y aun procurò varias vezes exonerarſe de las pocas Eſpañolas, que confeſſaba.

De eſte amor, que tenia á los Indios, nacia la puntualidad con que baxaba todos los dias al Confeſſionario, que tomaba muy de aſsiento eſperando, aun quando no avia quien llegaſſe á confeſſarſe; haſta que obligado de la neceſsidad de ſu eſtomago le era preciſo ſubirſe: pero baxaba luego ſi lo llamaban, ò quedaban algunos aguardandolo. Los dias ordinarios ſe ſolia eſtàr haſta poco mas de las ocho: y los dias en que venian muchos, ò por ſer tiempo de cumplir con la Igleſia, ò

por causa de alguna festividad especial, baxaba desde el dia antes por la mañana, hasta cerca de las doze: pidiendo siempre licencia para no asistir con la Communidad en el Refectorio, al tiempo de la primera mesa: y à la tarde hasta que, ò yà no avia à quien confesar, ò por estàr cercana la noche, le era preciso cerrar la Capilla: à la qual volvia por la mañana á reconsiliar quantos Indios, è Indias venian.

Interrumpiò algunas vezes esta su tarèa, saliendo fuera de la Ciudad en busca de màs dilatado campo, que encontrò su zelo en los Pueblos de este Obispado: en que por lo menos dos vezes hizo Mision; empleandole con incansable tezòn en predicar, y confessar â sus Indios: que es la unica noticia, que por aver passado tanto tiempo, ha conservado à la memoria de los que tuvieron, ò pudieron darla de estas sus circulares Misiones. De las que hazia todos los años en nuestra hazienda de S. Geronymo sabemos, que publicando los Jubileos de las Doctrinas, y Mision predicaba todas las noches á los Pastores, y les explicaba la Doctrina Christiana: la que preguntaba à cada uno de ellos en particular; quando sin faltar alguno venian pensando solo en el temporal interez de su salario, al de ajuste de sus cuentas: y se veìan obligados por el P. Juan à ajustar las de sus almas con S. R. y mirando por la espiritual ganancia de los Pastores, que atendia, como ovejas de su amado rebaño, se informaba muy bien quienes eran los que la sabian, y quienes no. Y para que los que la

igno

ignoraban pudieran facilmente aprenderla, despues de reprehenderles su descuydo, encargaba à los Mayordomos, que tuviessen cuydado allà en sus Pastorìas de ponerlos en compañia de otros, que la supieran, y pudieran enseñarsela de noche, que es el tiempo, en que por juntarse los Pastores no tenian escusa, que alegar, ni los unos para no enseñarla, ni los otros para no aprenderla. A los muchachos para que se aficionassen à venir à la Doctrina, y la aprendiessen con cuydado, les daba sus mediesillos, y les compraba fruta, que es el atractivo mas poderoso en la pequeña edad, que con el interez de la golosina, saboreado su paladar apetecia con ancia, y buscaba diligente el saludable pasto del alma, que es la Doctrina Christiana.

Con los Pastores, y adultos à quienes la fuerza del precepto obliga à sustentarse con el alimento del Cuerpo de Christo; que no han recibido todavia, quando vienen de sus Pastorìas, ò por impedirles su ocupacion, ò por hallarse al tiempo de la Quaresma en Curatos de lenguas estrañas, hazia el P. Juan, que viniessen quanto antes à confessarse, para cumplir con la Iglesia lo mas breve, que se pudiera. Pero la Comunion general, era el dia de la Assumpcion de nuestra Señora: en que levantandole el Padre muy de mañana, se ponia à reconsiliar à los que yà confessados, querian por su devocion comulgar, y passaban de ciento las Formas, que en solo aquel dia se gastaban: que para una hazienda, quien no vè ser mas crecido numero, que si se consumieran mil en una Ciudad?

De la Hazienda de S. Geronymo, passaba à la de Buenavista à continuar su Mision: y à más del trabajo, que tenia en confessar, comulgar, predicar, y enseñar la Doctrina; como en S. Geronymo, padecia la incommodidad de la vivienda, la inclemencia del temperamento, suavisandosele todo la santa inclinacion, y amor con que miraba à sus Indios: en quienes como se regalaba, y satisfacia el zelo de su espiritu, no queria admitir si le ofrecian algo de regalo en S. Geronymo, para suplir la falta de assistencia, que en la otra hazienda era necessaria; por no aver gente de razon, que pudiera assistirle. Ni quiso jamàs admitir una volante, en que con algun descanso pudiera hazer el camino: y es, que como tenia todo su alivio en el trabajo, solo con ir en poz de sus Indios, le parecia tener en el bien, que à costa de tantas fatigas les procuraba, su descanso.

Concluìda provechosamente en ambas haziendas la Mision, sin averse detenido mas, que lo preciso, volvia muy gustoso à su amado recogimiento de este Colegio, que reconocia, y miraba como à centro de sus afectos, y theatro principal de su zelo, no menos, que de sus virtudes: con las quales hizo mas apreciables, y glorioſas sus fatigas este incansable Operario; que en medio de tantos ministerios, no se olvidò de sì un punto. Ni podia ser tan grande el zelo de las Almas agenas, si no lo huviera fomentado con el aprovechamiento, y perfeccion de la suya: predicando â quantos lo trataban, y edificando à quantos lo conocimos, con

el

el exemplar proceder, que siempre le observamos. Por que sibien es verdad, que su humilde cuydadoso recato se esmerò siempre en ocultar las mas de sus virtudes, no pudo jamàs encubrir su modestia el constante fervoroso tezòn en la regular observancia, y debiò la admiracion à todos los que lo trataron en su noviciado, en sus estudios, y mucho mas en este Colegio, que por el espacio de treinta y nueve años continuos, mereciò gozarlo fervoroso Operario, y exemplar edificativo Jesuita.

De quien varios preguntados lo que sabian de edificacion, todos casi con unas mismas palabras, respondian uniformes, que lo que podian afirmar era, aver siempre observado en el P. Siles, un mismo constante fervoroso thenor de vida, sin averle notado, que descaèciera en tàtos años, ni de su infatigable aplicacion à los ministerios, especialmente con los pobres Indios, ni del exemplar proceder, que le observaron desde la primera vez, que lo conocieron. Y es, que como la constancia en la virtud, es la que dà à esta el mas subido realzè, con que se aquilata su valor: no podia menos, que mantenerse firme, y constante, quien siendo, como era verdaderamente virtuoso, estuvo siempre muy ageno de olvidar, ò qnebrantar los propositos, que una vez avia concebido, despues de muy meditados, su fervor. Y cierto, que su constancia fue en todo tan grande, que se podia decir, y aun solia decir uno de los que mas lo trataron: que el P. Siles quanto hizo un dia,

esso

eſſo hazia todos los dias: lo que hizo un año, hazia todos los años: el modo con que ſe portò en una ocaſion, era el miſmo con que ſe avia portado, y ſe portaria ſiempre, que ſe le ofreciera à aquella, ò ſemejante ocaſion; en fin lo que hizo una vez, eſſo avia hecho, y avia de hazer ſiempre.

Y aunque eſta ſu rara conſtancia reſplandeciò principalmente en aver (como infatigable Operario) cuydado tantos años los Indios, y ſu Capilla; pero es no menos digna de admiraſe la ſingular puntualidad, que mantuvo en hazer ſus exercicios eſpirituales, ſin averle impedido la moleſta continua enfermedad de diarrhèa, que padeciò mucho tiempo, el q̄ no ſe dexara de levantar todos los dias à las quatro de la mañana à tener ſu oracion, à decir deſpues ſu Miſſa, à confeſſar, y à hazer todas ſus demàs diſtribuciones: que aunque no dexò eſcritas en el papel, las conſerva la memoria de algunos, que á peſar de ſu humildad las obſervaron.

A màs de la hora de oracion, que ſe acoſtumbra en la Compañia, y el P. Juan tenia de rodillas, añadia ſu fervor todos los dias otra media hora, que iba à tener â la Capilla del Colegio antes de tocàr á Letania. Sobre tarde como á las tres entraba en una de las Tribunas de nueſtra Igleſia, y poniendoſe de rodillas eſtaba con notable devocion, ò viſitando los Altares, ò en oracion mental, ò haziendo uno, y otro; que para todo alcanzaba el tiempo, que ſe detenia. La Miſſa no dexò ſiquiera un dia de celebrarla, ni por ſu continua indiſ-

poſi-

posicion de estomago, ni por el demasiado cansancio, ni por resarcir el sueño, que à vezes le quitaban las confesiones à que lo llamaban de noche, ni por tener que caminar, ni por cosa alguna sabemos, que omitiera una sola vez la Santa Missa. No se acababa con esta su devocion: porque yendose à el choro de nuestra Iglesia, quando no tenia gente en su Capilla, que confesar, estaba por espacio de media hora dando gracias, y oyendo juntamente la Missa, que en el Altar mayor se decia en aquel tiempo. En los examenes de conciencia, que hazia dos vezes cada dia, era no menos puntual, queen la oracion.

De la devocion con la Santissima Virgen, nos dexò bastantes pruebas, en la que llaman ordinariamente la Piisima, y en el Rosario, con que de rodillas la saludaba todos los dias. Repetidas vezes al dia la veneraba con el Ave Maria al dàr la hora, y siempre, que passaba delante de alguna Imagen suya: especialmente lo hazia al subir, y baxar al refectorio, quando al afrontarse con la Capilla de Loreto, que ay en esta Ciudad, se hincaba en la puerta de la escalera, y como Angel, que baxaba, y subia tantas vezes de Dios â los hombres, y de los hombres à Dios, decia la Salutacion Angelica à MARIA Señora, mystica Escala de Jacob, en su Santa Casa, donde aviendose Dios hecho hombre, vieron con Jacob el Cielo abierto los hombres. Estendiase tambien la devocion del Padre, à venerar la Passion de Christo con su Oficio, y con la Camandula,

ſus ſacratiſsimas Llagas con ſu Roſario, y otros muchos Santos con ſus Novenas. Entre los otros ſe ſingularizò ſu afecto con el Thaumaturgo de Padua S. Antonio, à quien por ſu ſolicitud, y diligencia ſe le cantaba una Miſſa los dias de ſu Trezena, que ofrecia en compañia de mucha gente piadoſa, que imploraba, como tan poderoſa ſu interceſsion. Dos ſolos dias quedaron dotados: pero dexò aſſegurados los otros en la abundante rica finca de la piedad devota, que ſiendo tan grande con el Santo, tiene aſſegurados eſte para ſu Trezena los annuales cultos, con que à competencia pretenden celebrarlo, ſin mas obligacion, que la que les dicta el afecto à ſus devotos.

Entre tanta devocion, no ſe deſcuydò el P. Juan con la obligacion de la leccion eſpiritual, para la que entre los pocos libros de ſu pobreza, eran los mas eſpirituales; y los otros de materias morales, ò de lengua Mexicana. Que para perfeccionarſe en eſta, y no olvidarla leìa todos los dias alguna coſa, apuntando las palabras eſpeciales, que encontraba, para que de ſu trabajo pudieran aprovecharſe otros de los que ſe aplican al eſtudio de la lengua. Porque como ſu deſeo era de la gloria de Dios, y bien de los Indios, no queria ocultar avariento el theſoro, que communicado podia ſervir alguna vez à los que con el miſmo deſeo cooperaban à ſu intento. Y conociendo, quan neceſſario era à ſu exercicio el eſtudio de los libros morales, principalmente los que tratan lo perteneciente à Indios, regiſtraba

traba todos los dias uno, ò muchos casos por refrezcar la memoria de lo que yà otras vezes avia leìdo, ò aprender algo de nuevo. Con esto logrò una tan rara expedicion, que no era menester mas, que preguntarle, para que à el punto respondiera lo que en qualquiera acontecimiento se podia practicar. Satisfechos de esta expedicion del P. Siles varios de los nuestros acudian con S. R. en las dudas de sus conciencias, y le pedian resolucion para los casos dificultosos de otros, que por sì, ò por los libros no se atrevian à determinar.

En las distribuciones religiosas, fue admirada de todos la puntualidad con que acudia el P. Juan, sin faltar alguna por minima, que fuesse, siguiendo en todo la Communidad, sin querer ni admitir exempcion alguna para alivio de su trabajo, y de sus años. Quando por aver muchas confessiones, le era preciso detenerse en el Confessionario al tiempo, que la Communidad iba al refectorio, era siempre previniendose antes con pedir licencia. A la quiete de cada dia, que para algunos en vez de alivio sirve de molestia, no se le notò, que faltasse alguna vez : porque para no ir à ella los dias en que estaba el Jubileo Circular en su Capilla, pedia tambien licencia, y con el pretexto de cuydarla mientras comia su Sacristan, tenia el Padre su descanso en estàr delante del Divino Sacramento, en oracion.

El recogimiento, que guardaba en su aposento, fue no menos admirable, que la puntualidad en acu-

dir à las distribuciones. De èl no salia, si no era obligado de la necesidad, de la obediencia, ò de la charidad para visitar los enfermos, dàr la bien venida, ò el parabien à alguno de los nuestros: lo que ordinariamente hazia en pie, y sin detenerse mas, que lo preciso para no incurrir en alguna falta de atencion, ò urbanidad religiosa. Eran muy contadas las visitas, que le hazian los de afuera, de quienes como vivia tan retirado le correspondian, y hazian un grande obsequio en no ocuparle con visitas el tiempo, que como dice uno de los que mas le trataron, ni perdia, ni hazia perder à otros: y por esso tambien los nuestros rara vez lo visitaban; ni los admitia mas, que por el consuelo espiritual, que buscaban en S. R. ò por otro semejante motivo de que se valian, aunque raras vezes algunos, para que con la puerta de su aposento le franqueara el P. Juan la de su corazon, que por el alivio de los otros dispensaba â vezes el inviolable retiro, en que tan gustoso se hallaba su humildad, que parece queria ocultarse à sì misma entre las otras virtudes, que rezelosa del ayre de la vanidad, procuraba defender con diligente recato.

Màs como se llevaba los ojos de todos su humildad, era el querer esconderla, lo mismo, que querer intentar ocultarse dentro de la luz. Toda su vida empleada en el nada lustroso ministerio de Indios, es la mayor prueba de la altura à que subiò su profunda humildad. Huyò siempre constante aun la sombra de qualquier honra tanto, que por lo que tiene de estima-

cion

cion el oficio de Consultor, se escusaba de èl quando podia, y se holgaba de no quedar algunas vezes señalado para èl en la visita. A instancias de su humildad huvieron de condescender los Superiores, admitiendole la propuesta de la Patente (y fue la primera, que vino de Roma) de Rector del Colegio de S. Gregorio de Mexico, y el Vice-Rectorado de este Colegio, que le encargaba el P. Rector, diciendole, que lo hazia por estàr satisfecho, que su grande Religion era la que avia de conservarla, y augmentarla con su exemplo en los otros; pero de todos se sabia evadir con las razones, que le dictaba su humildad deseosa mas de obedecer, que de mandar. Yà dixe la repugnancia, que tenia de confessar Españolas, por no hallar en ellas el abatimiento, y desprecio, que tanto le agradaba al encontrarlo con abundancia empleado solo en sus Indios: con quienes como gente humilde, y sencilla gustaba de tener sus conversaciones, quando se lo permitia su tarèa. Sentia notablemente los aplausos, que tenian tan merecidas sus glorioſas fatigas: y diciendole el P. Rector una vez, que à S. R. le concederia muy gustoso quanto pidiesse, por merecerlo assi el empeño, y aplicacion con que se daba â nuestros ministerios; llenandose de verguenza le interrumpiò diciendo, que no lo llenasse de vanidad: porque avia menester poco para engreirse, y pensar, que hazia mucho, quando apenas cumplia lo que era de su obligacion.

Del mismo afecto de humildad, nacia el no que-

querer, ni admitir forlon, que le ofrecian con muchas instancias algunas personas, que deseosas de su alivio, recibirian favor à qualquier hora, que lo pidiesse; pero solamente lo admitia quando por estàr actualmente lloviendo lo obligaba la necessidad, y no la commodidad, ò mucho menos la ostentacion. En nuestro refectorio tenia bastante campo para lucir su humildad, que poniendose á los pies de todos, besaba muy amenudo los de la Communidad: à quien indefectiblemente servia todos los Viernes la comida. La suya tres vezes à la semana por lo menos, dexando la mesa la tomaba en el suelo. Quando se llevaba del Colegio á la carzel la comida, despues de aver repartido â los hombres, la llevaba à las mugeres, que avia presas, siendo el P. Juan el que voluntariamente se ofrecia à servir, y cuydar no solo de que alcanzasse para todos los de la carzel, sino tambien de las que en esta Ciudad llaman Recojidas. Quien tanto gustaba de servir à otros, no es mucho, que à sì mismo tambien se sirviera. Podia el P. Juan sin reparo alguno valerse del mozo, que tenia para cuydar su Capilla, ò de otro de los que ay en el Colegio: y ni para hazer el chocolate, ni para limpiar los instrumentos de que usaba para batirlo, ni para calentar por las mañanas el agua, usò de sirviente alguno, sino que todo lo hazia por sì mismo, procurando tener un poco de carbon del que sobra del horno, que es el que suele usar la gente mas pobre. Hallaronse en su aposento, aunque apagados estos carbones, pero

sa-

ſaliendo de ellos un claro reſplandor de la humildad, á quien daba mayor luſtre la pobreza.

Virtud, que amaba como Madre à fuer de verdadero Jeſuìta el P. Juan, que teniendo licencias generales, que le concedian francamente los Padres Provinciales para recibir, y diſponer ſatisfechos, de que quanto le daban todo era para el culto divino, y no para el uſo de ſu perſona; no obſtante le pedia una, y muchas vezes á los Superiores immediatos: y lo miſmo hazia para recibir, y diſtribuir las limoſnas, que le daban, para que por ſu mano ſe repartieran â los Indios enfermos, diciendo, que aunque no faltaban Authores claſicos, que eran de opinion no ſer neceſſaria licencia para eſtas coſas; pero que lo mas ſeguro era pedirla, como mas conforme à la pobreza. Renovaba al principio de cada mes con notable puntualidad ſus licencias, ſegun la loable coſtumbre de eſta Santa Provincia.

Las vezes, que fue Vice-Rector del Seminario de S. Geronymo, no ſe valiò jamàs de la licencia, que le daba la authoridad del oficio. Ni medio ſe atrevia á gaſtar en el uſo de ſu perſona: y aun ſabemos, que de tomar lo preſtado eſcrupuliſaba tanto, que ſi al eſtàr en el Seminario lo neceſsitaba para ſu Capilla, venia por èl al Colegio; y lo miſmo hazia ſi eſtando en eſte, le pedian algo para el gaſto del Seminario: ſe iba â eſte, y daba el dinero de los Colegiales, para ſus Colegiales; como el de ſu Capila, para ſu Capilla: tomando guſtoſo el trabajo de ir, y venir ſiempre; que ſe ofreciera, por parecerle à ſu eſcru-

eſcrupuloſa conciencia,que era eſſo lo mas ajuſtado à la ſanta pobreza. Otro caſo ſucediò en que moſtrò bien, quanta era en eſte punto ſu obſervancia. Llamado de un Colegial enfermo, fue de eſte Colegio un Padre à confeſſarlo. Acabada la confeſsion llevò el P. Juan con religioſa atencion, y charidad al Confeſſor à que deſcanſara en ſu apoſento, y por ſer hora oportuna le ofreciò un poco de vino, diciendole, porque lo admitiera; que bien podia tomarlo ſin eſcrupulo, que no era del Seminario, ſino que para uſo ſuyo ſe lo avia dado un bien hechor. Con lo qual quedò muy edificado el Confeſſor, viendo la delicadeza con que ſe portaba el P. Siles, aun quando parece, que no tenia en que eſcrupuliſar el Rector mas obſervante.

Donde mas reſplandecia ſu pobreza era en la eſtrechez de ſu apoſento, en el qual como eran tan pocas las alhajas del Padre, quedaba lugar baſtante en èl para guardarſe la plata, cera, y otras coſas de ſu Capilla, que era no sè ſi diga la que enriquecia, ò la que empobrezia à ſu Capellan: pues ella como unica acreedora tenia el derecho, y la poſſeſsion de quanto tenia, ò podia tener el Padre. Quien para adorno de ſu apoſento puſo unas eſtampas; las màs tan ordinarias, que eran cortadas de algunos actos: y aſſi no tanto ſervian de hermoſear, quanto de teſtigos de la devocion, y oradores mudos de ſu pobreza. Sus libros eran pocos, pero todos neceſſarios para ſu exercicio. Sus Breviarios lo menos, que tenian, era ſer pequeños, y ſin algun ador-

no,

no, ò compoſtura. Lo que mas admirò fue la antiguedad de ſu impreſsion, que era del año de 1679. pudiendo tan facilmente conſeguir otros mas nuevos, y que para ſu canſada viſta tuvieran mexor letra. Ni ſon menos dignos de admirar los regiſtros de ſus Breviarios, que eran unas pequeñas cedulitas, y algunas vitelas de acto, de las que deſprecia yà por ſu tozquedad aun la devocion menos advertida, y mas codiciosa de los muchachos. Diòle una vez ſu Madre un Santo Chriſto de bronze, que deſeandolo el Padre por la Indulgencia; reſiſtiò una, y muchas vezes admitirlo: porque tenia unas pequeñas cantoneras de plata, haſta que noticioſo uno de los Superiores diciendole, que aquella plata era decente ornato del Santo Chriſto, le mandò, que pues ſin faltar á la pobreza podia dàr aquel guſto â ſu Madre; lo recibieſſe, y uſaſſe.

Tenia eſte verdadero pobre de eſpiritu un notable deſinterez, no ſolo con las pocas Señoras, que confeſſaba, ſino con otras perſonas acaudaladas, y parientas ſuyas, no admitiendo las ofertas, que con inſtancias le hazian; y lo que con ſola una ligera inſinuacion le dieran muy guſtoſas, diciendoles à todas, que ſu Religion le daba quanto avia meneſter, y que con ello eſtaba muy contento. Y yà que el Padre no lo decia, lo decian todos; que no ſolo ſe contentaba con lo de la Caſa, aunque fuera à vezes lo peor; ſino que no abriendo ſu voca para quexarſe, ò murmurar lo que le daban; la tenia tan bien cerrada para pedir lo que avia

menester, por sentir con la falta de lo necessario, los efectos de la santa pobreza, que nos encomiendan nuestras reglas.

Cuya exacta observancia, es la mas calificada prueba de su obediencia. Entre los pocos libros, que tenia era el de las reglas, el de su mayor aprecio: no se le passaba mes, que no las leyera para refrezcar la memoria de lo que debia guardar: y como amante zelador de su observancia, la procuraba no solo en sì mismo, sino tambien en los otros las vezes, que suplia de Ministro. Yà dixe arriba la puntual asistencia, con que acúdia á todas las distribuciones. A la de la quiete, no solo asistia quando comia à primera mesa, sino aun quando, ò por aver servido, ò por aver estado en confession, comia â segunda: que luego, que esta se acababa entraba en aquella, assi por ser distribucion, como por aver insinuado el Superior, que debian acudir aun los que comian à seguuda mesa. A los Superiores todos miraba con singular respecto, que en algunos por ser de mucho menor edad, que el Padre se hazia mas reparable. En siendo orden, ò determinacion de qualquier Superior, bastaba para que su obediencia lo aprobara: por mas, que à otros pareciera, que si los Superiores oyeran sus razones, determinarian otra cosa. Màs el obediente Padre atendiendo solo à su obligacion, que era obedecer, decia: Allà los Superiores labràn muy bien lo que mandan. Aun quando le preguntaban su parecer en algun punto, respondia tan

age-

ageno de quedar satisfecho de su respuesta, que aunque decia ingenuamente lo que juzgaba; no obstante añadia, que si los Superiores determinaran lo contrario por parecerles mexor, ni tendria, ni mostraria sentimiento alguno por ello.

Aunque tenia licencia general de los Padres Provinciales, para no alsistir à las funciones de la Iglesia siempre, que al tiempo de ellas tuviesse, que hazer en su Capilla: pero como si no tuviera tal licencia, la pedia cada vez, que se ofrecia à los Superiores immediatos, temeroso de que en aquella general licencia se ocultasse algo de independencia, con que podia disminuirse el reconocimiento, y sujeccion con que deseaba mostrarse siempre no menos contento, que obediente à sus Superiores. A quienes no solo se rendia obedeciendo, sino aun proponiendo, quando à pesar de su humildad lo hizieron Rector de S. Gregorio de Mexico, y Vice-Rector de este Colegio. Ambas vezes propuso asegurada su obediencia con el dictamen, que en aquella Carta de oro dexò escrito N. P. S. Ignacio á sus Hijos: y como tan suyo el P. Juan, practicò representando las razones, que tenia; con tal indiferencia, y resignacion, que si no obstante su propuesta le mandaran admitir, se sacrificaba todo à la disposicion de los Superiores. Quienes edificados de su resignacion, y satisfechos de sus razones, condescendieron ambas vezes, para que assi desembarazado de la pesada carga del gobierno, pudiesse proseguir en el empleo glorioso de sus Indios.

En la virtud de la caſtidad, fue ſingular el que puſo para conſervarla; evitando la familiaridad con perſonas de diferente ſexo: à quienes quando, ò por el bien eſpiritual de ſus almas, ò por no incurrir en alguna falta de preciſa urbanidad, hablaba, ò viſitaba, era con la mayor brevedad, que podia; obſervando un ſummo recato, y modeſtia en ſus palabras, y acciones. Fue tan nimia en eſte punto ſu circunſpeccion, que encontrando una vez en una calle de Mexico à ſu Madre, ſin detenerſe à ſaludarla, como ſi fuera alguna muger eſtraña, que no conocia, quitandoſe el ſombrero ſe paſsò adelante, con intencion de darle deſpues ſatisfaccion, como ſe la diò: diciendo, que no èſtrañaſſe aquella, que podia averle parecido falta de atencion al reſpecto, con que la debia mirar; pues lo hizo ſolamente por evitar la nota, que podia ocaſionar el vèrlo detenerſe à hablar con una muger, que no podian ſaber todos, que era ſu Madre. Quien oyendo la razon de ſu amado hijo, quedò no menos ſatisfecha, que edificada.

A eſte grande recato añadia las punſantes eſpinas de la mortificacion, para defenſa de la caſtidad, que como roſa, no ſe halla ſino entre la aſpereza. Y dexando, por eſtàr yà dicho, lo que ſe mortificaba en ir à muchas, y diſtintas partes á confeſsiones; de muchos años las mas: ſin amedrentarlo, ni con ſus ardores el Sol, ni con ſus inclemencias el tiempo, ni con ſu contagio la enfermedad, ni con la moleſtia de la hora qualquiera, que fueſſe la continuacion de tantos años, en

que

que logrò baſtantes ocaſiones para exercitar ſu paciencia en inſtruìr, examinar, y tolerar muchas coſas à la ruſtica, y haſta ahora no pulida tozquedad de ſus penitentes los Indios, que todo era una no pequeña mortificacion; dirè ſolamente algo de las penitencias, que le pudo raſtrèar la diligente obſervacion à ſu recato. Emerèſe en ocultar, como todas ſus virtudes, el rigor con que maltratò ſu cuerpo: pero quando no lo huviera deſcubierto el ruìdo de los recios golpes, que percebian de noche los que, ò paſſaban, ò vivian cerca de ſu apoſento; baſtaban las ſeñales, que al miniſtrarle en ſu enfermedad algunos medicamentos, diviſaron los enfermeros; para perſuadirnos, que no tendria ocioſos los inſtrumentos de cilicios, y diſciplinas, que deſpues de ſu muerte fueron los que ſin hablar eſtaban publicando las penitencias de ſu vida. Todas ſe podian decir, que eran ſecretas: pues aun ſu rara abſtinencia, que no podia eſconder à toda la Communidad en la meſa; quitandole el nombre de mortificacion, y penitencia, intentaba diſimularla con el de neceſsidad, à que ſu debil eſtomago le preciſaba. Caſi enteras dexaba las viandas en el refectorio, con el pretexto ſanto de amor à ſu ſalud, que ſiendo robuſta para el trabajo, ſolamente la queria delicada, no yà para el regalo, ſino aun para el preciſo ſuſtento.

Los dias, que por alguna eſpecial ſolemnidad ſe ſirven con religioſa moderacion algunos manjares mas ſazonados, y abundantes en nueſtro refectorio, los ſacrifi-

crificaba todos ſu parcimonìa à la abſtinencia, y ſin probar los mas de ellos con licencia, que tenia de los Superiores, los dedicaba para el agradecimiento de ſus bienhechores, y regalo de ſu Sacriſtan, el que pregun-tado en eſte punto, reſpondiò averle ſiempre admira-do, que dandole caſi toda ſu comida todos los dias, le hazia baſtante fuerza, como pudo ſuſtentarſe el Padre. Quien aunque pocos meſes antes de morir, no daba yà ſu comida al Sacriſtan; por averle conſeguido, como à los otros ſirvientes de Caſa, ſu racion; no por eſſo dexò ſu acoſtumbrada parcimonìa, y abſtinencia. Del re-fectorio paſſaba eſta à ſu apoſento, ſin tomar otra coſa, que un poco de chocolate, el qual por repartir de li moſna todo el pan, que ſe le daba para tomarlo; tengo por cierto, que ſin vizcocho, ò pan alguno ſe delayu-naba todos los dias.

Si eſto hazia el P. Juan quando comia, què ha-ria quando ayunaba? Su comida entonces era un par de huevos, que decia le baſtaban; y aun podia añadir, que le ſobraban: pues dexando de ellos baſtante; ſin probar peſcado, con la eſcuſa de que le era nocivo, rara vez aunque huviera otra coſa, la tomaba, ſi no eran algunas legumbres, ò meneſtras, que como de poca ſubſtancia, eran proporcionado alimento de ſu deſeo. Su colacion à la noche fue ſiempre un poco de dulze, y agua, y una taza de atole; que era la ſeñal de ſus ayu-nos. A màs de los que obſervò inviolablemente todas las Quareſmas, y Vigilias del año, añadiò ſu devocion

los

los que hazia todos los Viernes, y Sabados del año. Y â quien no le ha de cauſar admiracion, que un hombre entrado yà en los ſetenta años de edad: enfermo habitualmente, que por la palidez continua de ſu roſtro, parecia mas muerto, que vivo: y trabajando ſin ceſſar comieſſe todavia de Viernes, haſta los ſeis dias antes de ſu muerte, ayunando con el rigor, que ſe ha dicho, y que apenas ſe le hiziera poſsible à la edad mas robuſta? Mas no quiero detenerme à ponderar lo que eſtando por sì miſmo llevandoſe la admiracion de todos: por que aſombrada la mia ſe vè obligada à contemplar aquella interior, y mas glorioſa batalla con que venciò ſus paſsiones: que eran el blanco, à que ſe encaminaba el rigor cruel, y penitencias exteriores, con que mazeraba ſu cuerpo.

La ſumma viveza de ſu natural colerico, y fogoſo lo empeñò à vivir en una continua vigilancia, con que procurò ſiempre tener tirante el freno à los impulſos, ò primeros movimientos, en que ſin conſulta de la libertad, ſuele prorrumpir airada la naturaleza. Y fue tal ſu cuydado, que en varios lanzes, que ſe le ofrecieron lleno de admiracion, â los que conocian ſu genio ardiente, viendolo tan apagado en lo exterior, como ſi no huviera quien atizàra con violencia el fuego de la colera, que interiormente lo abraſaba; y que por contener el que prorrumpiera à fuera ſu llama, ſolia ponerſele blanco como un papel el roſtro, y el cuerpo todo le temblaba con la violencia, que hazia

por

por reprimirse. Ni puedo negar, que llevado algunas vezes mas de la razon, que de la colera, prorrumpia en algunas palabras, que no naciendo de impaciencia, las miraba despues al examinarse su delicada conciencia, como falta de que confessandose luego, se reconsiliaba tambien, y le pedia perdon al que por averselas oìdo, podia aver quedado escandalizado, y ofendido de su aparente, y repentino enojo: el que ni tenia con otros por mas, que lo huvieran injuriado; ni queria conservar en su pecho memoria de sus ofensas, para vengarlas de otra suerte, que retornando con mayores beneficios, à quien mas le avia mortificado; y corresponder con agrado en lo exterior, y buenos deseos en lo interior al que alguna vez intentò desacreditarlo con calomnias. De que traerè un solo caso, que de persona fidedigna supe averle sucedido á el paciente P. Juan: à quien inadvertidamente dixeron una vez, que cierta persona (cuyo nombre siquiera no acertaron à ocultarle) hablaba muy mal de S. R. infamandolo con notable desahogo en sus conversaciones, en que ordinariamente le imponia cosas muy delicadas, y que en la Compañia à ninguno se toleran. Nada se immutò con esta tan contraria noticia, su combatida tolerancia, y solo prorrumpiò diciendo, que entonces le diera cuydado para con Dios si fuera cierto; pero siendo como era falso, por ninguna manera lo afligia. Y lo que mas asombrò à quien oyò todo esto fue, que ni se diò por ofendido entonces, ni en lo de adelante le mos-

moſtrò ſentimiento, ò mala gracia al ofenſor, ſino que le hablaba con eſpeciales mueſtras de amor: y en recompenſa de lo mal, que avia hablado de S. R. pedia continuamente à Dios, que favoreciera, y llenàra de muchos bienes à ſu enemigo: con quien ſi huviera avido alguno, que haziendo oficio de Angel de paz, le refiriera lo bien, que de èl ſe hablaba; como huvo quien haziendo oficio de Demonio, ſe atreviò à ſembrar zizaña; no dudo, que dandoſe por vencido el ofenſor, ſe huviera mudado de enemigo, en amigo: y de calumniador, en el mayor panegyriſta del injuriado, pero no ofendido P. Juan, que mereciendo coronarſe como vencedor glorioſo de sì miſmo, ſupo tambien coronar eſtas, y otras virtudes con la reyna de todas, que es la charidad, y amor de Dios, y de ſus proximos.

El amor ſe manifieſta en las obras, y ſiendo tanto lo que hizo, y padeciò por Dios, y por ſus proximos el P. Siles, quien podrà negar, que fue grande el volcàn de charidad, que ocultaba ſu pecho. Amaba à Dios en ſus proximos, y à ſus proximos amaba por Dios: pues ſolo ſu Mageſtad podia ſer el motivo de aquel particular amor, que tenia à los Indios, con quienes todo un Dios es meneſter, para que no ſe apague del todo la llama del amor mas encendido. Era cada dia mayor para con los Indios el amor, por ſer el que les tenia, parto del que abraſaba ſu amante corazon para con Dios. En nada ſe diò á conocer mejor eſte ſu amor, que en el odio al pecado, y ofenſas hechas à ſu amado Dueño.

Pero si Yo intentàra decir en particular, quanto fue lo que su amor lo empeñò à procurar, que de todos fuesse amado, y de ninguno ofendido el objeto divino de su amor, era necessario tomàr el hilo de su vida, y repetir una por una sus virtudes, sus trabajos, y demàs fervorosos afanes, que estando yà aunque brevemente insinuado todo en esta Carta, solo tengo, que añadir, que en quanto hizo, y padeciò (que no fue poco) su motivo, y fin principal, era siempre servir, y amar à Dios, y à sus proximos. Pues ni aun la embidia mas cabilosa puede presumir, que, ò el viento de la vanidad, ò la aura popular del aplauso, ò mucho menos la esperanza del interez, avivaba el fuego de su amor, quando saben todos, que de tratar con gente tan abatida, grosera, y desvalida, no encontraba mas, que ocasiones, en que siendo preciso elevar la intencion, exercitaba á cada passo la paciencia, la humildad, y la misericordia assi espiritual con sus almas, como corporal con sus cuerpos, aliviandoles su miseria con una no pequeña por opurtuna limosna, que por su mano daban por assegurarlas, y lograrlas mejor, escondiendo la suya, algunas personas, por quienes tomaba gustoso el trabajo de distribuirlas, sin mas interez, que el de sus necesitados dolientes.

Esta su charidad con los cuerpos se enderezaba, como todas sus acciones, al bien de las almas: cuyo zelo era el que principalmente abrasaba su pecho, que encendido en el inextinguible fuego del amor, conser-

vò luzidas ſus llamas, haſta dàr la vida, como la diò, hecho victima de la charidad, ſacrificandoſe en las aras de ſu afecto â Dios por ſus Indios, contra quienes declarò deſde luego ſu rigor la Epidemia, que con nombre, ò realidades de peſte ha corrido deſpues victorioſa por caſi todo el Reyno, ſegando vidas ſin reparar ſu formidable golpe en arruìnar innumerables familias, y convertir poblaciones enteras en ſepulchros; no perdonando ſu crueldad â lo principal de las Ciudades, que lloran, y lloraràn la muerte de la mayor, y no poca de la menor parte de ſus moradores.

Para la gente de razon avia en eſta Ciudad tantos Operarios, quantos eran los Sacerdotes, que ſin excepcion alguna ſalian de eſte, y del otro Colegio; pero ſiendo para los Indios el P. Siles uno ſolo, parece, que ſe multiplicaba en tantos, quantos eran los muchos, que lo llamaban con las alas, que le daba ſu zelo. Pudo deciſe, que volaba ſegun era la promptitud, y ligereza con que ſin rendirſe ſu canſada edad, ſalia todos los dias à mañana, y tarde: ſin que omitiera por eſſo ſus acoſtumbrados exercicios de oracion, y demàs religioſas diſtribuciones; ſin dexar el Confeſsionario de ſu Capilla los ratos, que por las mañanas eſtaba en el Colegio; ſin faltar â los ayunos, que por ſer tiempo de Quareſma obſervò conſtante, aun en medio de tanto trabajo; y en fin ſin querer para ſu alivio mas, que dedicarſe todo à la aſsiſtencia de ſus amados Indios. Sin hyperbole de la ponderacion ſe puede decir, que viviò, y

murió por ellos. Pues por mas, que viendo el P.Rector, q̃ las confesiones eran muchas, y los terminos distintos al passo, que distantes; le procurò (satisfecho de su grande virtud, y madurez) el alivio de que no saliera à pie, y con aprobacion del P. Provincial, le hizo traèr un Cavallo, para que assi fuera menos su fatiga : màs como el peso, que cargaba sobre sus hombros, aunque tan fuertes, se continuaba, y augmentaba mas cadia dia con la molestia de oìr tantas confesiones, generales las mas; con la incommodidad especial del assiento, que quando mas descansado era un pequeño banquillo, en que por ocasion de aver en una misma habitacion dos, y tres enfermos juntos, le era à vezes preciso estàr con el cuerpo inclinado todo el tiempo, que duraba la confesion, sin que los otros enfermos oyeran lo que S. R. ò el penitente hablaba. Esta fatiga, pues, originada de tantas, y tan eficaces causas, rindiò por fin la robustez mas, que humana, con que avia mantenidose desde que por los fines de Enero, se ensangrentò en esta Ciudad la Epidemia; que sin advertir en lo fatal del estrago, se atreviò tambien su crueldad á herir à quien con tanto amor, y zelo procuraba la salud de las Almas, quando ella tenia mas afligidos los cuerpos.

No se declarò luego, que assaltò al P. Juan la fiebre, ocultandose como traydora con apariencias de cansancio, que vispera de los Dolores, reconociò à pesar de su incansable zelo en todo el cuerpo. Pidiò licencia para dàr un dia de treguas, y volver al siguiente á sen-

rendir los alientos, que le prometia ſu fervor. Al ſiguiente dia Viernes comenzò â declararſe la calentura, que diſimulada le permitiò decir la ultima Miſſa de ſu vida, y baxar á confeſſar los Indios, è Indias, que por la devocion, que tienen à la Señora Dolorosa, vinieron eſſe dia: en que como por deſpedida, no quiſo admitir à una Señora de las principales, que ſe llegaba à reconſiliar entre ellos, diciendole, que ſe fueſſe á la Igleſia, porque en ſu Capilla ſolo ſe confeſſaban Indios: para quienes S. R. eſtaba ſeñalado. Engañaba ſu indiſpoſicion con la penoſa moleſtia del Confeſsionario: y como ſi adivinàra, que avia de ſer para deſpedirſe, no acertaba aquel dia à dexar las Indias, que faltaban por confeſſar, haſta que compadecido uno de los nueſtros, que lo acompañaba, lo obligò à que ſe ſubiera à deſcanſar, y le ofreciò quedar en ſu lugar confeſſando las Indias, que faltaban.

El Sabado ſiguiente, que era yà tercer dia de la fiebre, rezaba todavia el Oficio Divino, y ſus devociones; ayunò, y comiò de viernes, ò por mexor decir no comiò: porque eſcrupulizando el tomàr una taza de caldo por parecerle, que le obligaba el precepto de la Igleſia para abſtenerſe de coſa de carne, quiſo aſſegurarſe del daño, que podia tener de la comida de viernes con probarla, y dexarla caſi toda; como que eſtaba deſganado. Y aunque eſte dia no pudo yà baxar à confeſſar; màs no eſtuvo en èl ocioſo ſu zelo. Saliò à la puerta, y reconſiliò à los Indios ſirvientes del Colegio, que yà

avia

avia confeſſado: diligencia, con que todos los años el Domingo de Ramos los hazia cumplir promptamente con la Igleſia. Reconſiliò tambien à algunos de los nueſtros, que viendolo tan alentado, no temian le fueſſe de perjuyzio, ò moleſtia el hazerlo. No entraron en temor de ſu ſalud los Medicos, haſta el quinto dia, que reconociendo ſer maligna la fiebre, lo mandaron diſponer: y lo hizo el Padre con gran paz, y ſoſsiego confeſſandoſe, como para decir Miſſa; porque ſiempre, que ſe confeſſaba para decirla, ſe confeſſaba como para morir. Recibiò el Sagrado Viatico; y pidiò, que á ſu tiempo ſe le adminiſtràra la Extrema-Uncion. Uno, y otro ſe hizo con aſsiſtencia de la Communidad, que acudiò tambien â recomendarle el Alma, al eſtàr yá en los ultimos deliquios ſu vida.

Todos ſe admiraban de vèr la paz, y tranquilidad con que ſe mantuvo en ſu enfermedad, no ſolo mientras eſta le dexò libres ſus ſentidos, ſino aun deſpues, que yà privado totalmente de unos, y en parte de otros, comenzò à delirar con ſu Capilla, y ſus Indios: confeſſando, è inſtruyendo à eſtos, y dando providencias; para que en aquella no ſe omitieſſen los Oficios, que por el tiempo ſanto de aquellos dias acoſtumbrò hazer ſu piedad. Que quando eſtaba todavia en ſus ſentidos, ſe deſvelaſſe deſde la cama en prevenir con tiempo todo lo neceſſario; no hazia mucha fuerza, por aver ſido ſiempre muy prevenido en todas ſus coſas, y ſingular el elmero, que tenia en lo perteneciente al culto divi-

divino; pero que yà quando apenas le quedaban alientos para vivir, no ſe olvidaſſe aun delirando de lo que eſtaba á ſu cuydado; era ciertamente un delirio edificativo, y embidiable de quantos no ſin lagrimas en los ojos lo atendian.

Sobre todo fue mayor la ternura, que cauſaba vèrlo yà moribundo caſi ſin poder hablar, trabada la lengua, y en gran parte privado del oìdo, que, ò no percibiendo, ò no pudiendo reſponder à lo que ſe le decia en caſtellano, ò en latin; ſolo parece, que oìa las vozes, que en lengua Mexicana le decia uno de los Padres, que diſcurriò le ſeria muy guſtoſo eſcuchar aquel ſu tan amado lenguaje, al eſtàr delirando con los Indios. Y aſsi fue: porque al oìr, que le comenzaban á hablar en ſu lengua, ſonriendoſe, y dando mueſtras de alegria abriò ſus labios tanto tiempo antes cerrados para reſponder, y reſtaurò el oìdo, que daban yà todos por perdido. Reſpondia, y entendia todas las coſas, que en Mexicano le decian, y ſe enagenaba emmudeciendo luego, que le comenzaban à hablar en otra lengua. Durò mucho tiempo en tan ſanto delirio, y penſando à vezes eſtàr confeſſando à alguno de ſus Indios, hazia ſus acoſtumbradas preguntas en Mexicano ſobre los Mandamientos. Pero como el Padre con quien tenia eſtos coloquios, ò por no eſtàr muy verſado en el Idioma Mexicano, ò por la velozidad, con que à màs de tener trabada la lengua, le hablaba el enfermo; no le pudieſſe entender algunas de las preguntas, que le hazia el P. Juan

ſe las repetia eſte en caſtellano, ò le corregia en Mexicano, quando ſe equivocaba en reſponder acerca de los Myſterios de la Fee, que le preguntaba entonces, como ſiempre lo hizo con ſus penitentes. Era ciertamente eſpectaculo digno de admiracion la complacencia, y alegria con que delirando yà muy cercano â ſu muerte, eſtaba con una voca de riſa, y lleno de conſuelo inexplicable por parecerle, que hazia confeſsiones de Indios, à quienes haziendo un Acto de Contricion, y dandoſe golpes de pechos, exhortaba con el exemplo al dolor, y arrepentimiento de ſus culpas, poniendo fin à ſus aparentes confeſsiones, à manera de quien abſolvia, aunque ſin percebir lo que hablaba con echarles, como à ſus amados hijos, eſte ſu verdadero amante Padre la bendicion.

Deſde el Cielo ſin duda ſe la eſtaba Dios echando à ſu apoſtolica vida, y deſde la tierra mirabamos yà como precioſa en los divinos ojos, y embidiable de los humanos ſu feliz, ſoſſegada, y ſanta muerte. Conociò aun en medio de ſu delirio, tenerla yà muy cercana: y para no rendir el eſpiritu ſin confortarlo primero con la Comunion, pidiò antes de entrar â batallar con una mortal congoxa, ſe le concedieſſe para la pelèa el Soberano Pan, à quien deben ſus alientos los mas fuertes: y por averſele adminiſtrado yà por Viatico, y otros accidentes, que por entonces lo embarazaban, lo recibiò ſolo con el deſeo. Ibale yà faltando aquel eſcaſo aliento, con que apenas podia formar algunas palabras, en que

prorrumpia ayudandoſe por sì miſmo à bien morir, con fervoroſos actos de las principales virtudes, y diciendoſe caſi todas las Letanias, de que uſa N. Madre la Igleſia, para la Recomendacion del Alma al eſtàr yà en el ultimo lanze de la vida. Repitieronſela deſpues algunos Padres, que le aſsiſtian: haſta que poco deſpues de las diez de la noche, acabò victorioſo de la muerte ſus dias llenos de merecimientos, y de glorioſiſsimos afanes. Siendo digno de notarſe, que ſu muerte fue el dia Viernes Santo 19. de Abril; mes en que cumpliendo treinta y tres años de infatigable Operario de Indios, muriò imitando haſta en el numero de los dias, à ſu amado Redemptor, que por la ſalud de los hombres, viviò en carne mortal, y paſsible otros tantos: y dia conſagrado por la devocion de los Fieles, particularmente en eſta Ciudad à los cultos del Glorioſo Patriarcha el Sr. S. Joſeph: à quien por el mucho afecto, que tuvo toda ſu vida, ſolicitaba de la piedad de otros ſus devotos, ſe le cantara todos los meſes el dia 19. una Miſſa, à màs de las otras ſiete, que le dexò dotadas para los meſes de Octubre: y dia por ultimo tan ſanto, como conſagrado con la muerte de nueſtra vida Chriſto, quien, à lo que piadoſamente podemos diſcurrir, quiſo premiar à eſte ſu fiel imitador, y amantiſsimo Siervo, llevandoſelo aquel dia, para que ſubieſſe luego à coronarſe de gloria, por la devocion con que todos los años le celebraba ſu Deſcendimiento de la Cruz, que ſirviendole de eſcala pudiera ſubirſe derecho à los Cielos, à

donde por el camino de la Cruz, avia deseado llegar con setenta años de edad, y cincuenta de religion.

No pudieron las campanas dàr luego la triste noticia de su sentida muerte, assi por lo importuno de la hora, como por lo sagrado del tiempo. Pero quando por la mañana se dexò vèr su venerable Cadaver en la Capilla de S. Miguel, donde lo hizo poner el P. Rector (por juzgar le seria de mucho consuelo al difunto Padre, estàr en su muerte en aquel mismo puesto, que avia sido dichoso theatro de su zelo santo en vida) se fueron llamando unos à otros los Indios, è Indias: que derramando copiosas lagrimas, lamentaban su desgracia en la perdida de su amado, y amante Padre. Quien si gastò su vida toda en assistirlos incansable; sacrificò tambien su salud, y la misma vida por el bien espiritual de las Almas de gente tan pobre, y abatida como ellos: y cierto, que si las circunstancias huvieran permitido, ò averse publicado luego su muerte, ò dilatarse su entierro, huvieran concurrido de los Barrios mas distantes de esta Ciudad, y de los Pueblos circunvezinos en numeroso concurso à venerar, y llorar difunto al que tantas vezes avian buscado, y hallado siempre para su consuelo vivo. Pero como el temor de corrupcion, que en estas epidemias suele ser muy facil, estuviera pidiendo darsele quanto antes sepultura, se le concediò esta el Sabado en la tarde, haziendo el entierro el Sr. Marquès de Monserrate D. Francisco Xavier de Vazconzeloz, dignissimo Thesorero de esta Santa Iglesia, y amante

con-

tinuo honrador de nueſtra Compañia, ofreciendoſe tambien para cantarle, como cantò la Miſſa, que ſe acoſtumbra por nueſtros difuntos.

El ſentimiento de ſu muerte fue univerſal en eſta Ciudad, aſsi dentro, como fuera de Caſa. Y no faltò quien de los nueſtros al vèrlo yà ſin eſperanzas de vida (que tanta falta avia de hazer á los miſerables Indios) ſacrificò guſtoſo la ſuya ofreciendola al Señor, porque conſervaſſe la de un tan infatigable, y zeloſo Operario como el P. Siles. Màs como era tan agradable â ſu Mageſtad la victima, que tenia yà mucho antes acceptada, no permitiò, que ſe ſubſtituyeſſe otra en lugar del fervoroſo Padre, que eſtaba yà ardiendo mas con las llamas de la charidad, que con los incendios de la fiebre. Que le aya ſido accepto el ſacrificio, que de ſu vida hizo al Señor por los Indios, el P. Juan Tello de Siles, nos lo podemos perſuadir de la Bondad Divina, de la exemplar vida, charitativo zelo, que nos repreſentan preciosa la muerte de eſte infatigable Operario, y edificativo Jeſuita. De cuyos apoſtolicos trabajos, y conſtante exercicio de todas las virtudes, podemos piadoſamente perſuadirnos, goza el P. Juan en el Ciclo elevado grado de gloria.

En los ſantos Sacrificios, y Oraciones de V.V. RR. mucho me encomiendo. Mexico, y Abril 16. de 1742.

Menor Siervo de V. V. R. R. en Chriſto.

Matheo Anſaldo.

13005
Melchor Garcia

Feb 28/21

BA 74
A 61 4b